

## LA SUTILEZA DE PONCIO PILATOS.

*Divertimento histórico-evágelico por Antonio D. Duarte Sánchez.*

Ciertamente, Poncio Pilatos ha sido un incomprendido. Claro, que a ver quién desobedecía una orden de Tiberio o Sejano, que tanto monta... Sin embargo, y si aceptamos como verídico cuanto se nos relata en los cuatro evangelios canónicos, no podemos dejar de admirar cómo la figura de ese caballero romano se convierte en el pivote del que dependen unos cuantos destinos y fortunas.

La fama de corrupción y crueldad le ha perseguido a lo largo de los siglos, pero su comportamiento, por lo que sabemos, no fue muy distinto al de otros que le precedieron y siguieron en el gobierno de provincias y territorios bajo el dominio de Roma.

Y la situación por la que pasó a la posteridad tampoco podemos decir que fuera provocada por él. Retrocedamos dos mil años y demos un rápido vistazo a la situación en Judea.

Jesús lleva ya tres años arriba y abajo, con sus discípulos. Predica aquí y allá, las gentes van a oírle, verle y tocarle. Pilatos tenía que saber de él, como Herodes y como todos. Sus espías le habrían informado de quién era, de dónde procedía y, sobre todo, si representaba o no un peligro para Roma.

La respuesta a esta pregunta debió ser que no, pues de lo contrario Roma no habría tenido mayor inconveniente en quitar de en medio, a las primeras de cambio, a quien pudiera constituir un riesgo para la paz romana.

No obstante, no constituir un peligro para Roma no presupone que no lo fuera para el Sanedrín. Algo hacía de Jesús una amenaza tan inaceptable para el Sumo Sacerdote, Caifás, que impelió a éste a buscar por todos los medios la destrucción de aquél. Sin duda, la situación desembocó en su punto de inflexión en las proximidades de la Pascua; la afluencia de peregrinos a Jerusalén era máxima y la captura y ejecución del Nazareno debía llevarse a cabo con prontitud, discreción y, de ser posible, presentando como autor al odiado extranjero.

Es ocioso repetir aquí la detención y primer interrogatorio, con nocturnidad y alevosía. Así pues, Pilatos se encuentra de buena mañana con la obligación de dilucidar rápidamente un proceso contra aquel hombre a quien, por lo que sabemos, considera inocente o inofensivo para el Imperio. ¿Ignoraría Pilatos el peligro que Jesús representaba para el Sanedrín?

Puede que sí o puede que no; en todo caso, no se le podía escapar que, si accedía a dictar la sentencia de muerte en fechas tan próximas a la Pascua, con la ciudad llena de visitantes, el riesgo de destrucción podría fácilmente superar la capacidad de sus quinientos, a lo sumo mil, auxiliares sirios.

Poncio intenta una primera maniobra para descargarse de aquel incómodo asunto y, basándose en la vecindad galilea de Jesús, se lo manda a Herodes, el tetrarca. He ganado tiempo, debió pensar, y con suerte el problema se dilucidará lejos de Jerusalén.

Herodes debía esperarle, pues no se sorprende en absoluto por su presencia. Y tampoco debía ser ajeno al juego de los diversos actores. Lo interroga, se rie de él y, avisado del curso de los acontecimientos, decide que sea Roma quien valore sus conveniencias: Mantener el status quo con la casta sacerdotal que libera a la administración romana de la siempre desagradable tarea de obtener tributos o pasar por alto la actuación del Carpintero metido a Mesías; Jesús es devuelto a Pilatos.

Si Tiberio no hubiera sido emperador, o si Sejano no fuera el prefecto del Pretorio, o sin el lobby judío en Roma velando por los intereses del Sanedrín, Pilatos tal vez hubiera contemplado el dilema con otros ojos. Hace lo que puede, demuestra conocer la tradición al ofrecer la liberación de un reo, esperando que sea Jesús, lo manda flagelar para mover la compasión de la masa... Pero el tiempo apremia a Caifás y los suyos, y pronuncian la frase clave: “*Si lo dejas en libertad, no eres amigo del César; todo el que se hace rey va contra el César*”<sup>1</sup>. La suerte está echada.

Pero Pilatos aún tiene una última carta. Tiene que ejecutar a Jesús en una Jerusalén abarrotada de personas, muchas de las cuales habían aclamado al rabí (como a veces le llamaban) pocos días antes. Y no quiere que Roma sea la culpable. ¿Conocería Pilatos la genealogía de Jesús que, decenas de años después, serían capaces de reproducir los redactores de los evangelios de Mateo y Lucas?<sup>2</sup>. Juraría que sí, Roma tenía espías por todas partes. Manda redactar, en hebreo, latín y griego, la preceptiva tablilla con el motivo de la ejecución<sup>3</sup>: “Jesús Nazareno, *Rey de los Judíos*”.

Caifás se percibe de lo que significa ese rótulo. Envía rápidamente emisarios buscando una rectificación, que se indique que era Jesús quien pretendía ser rey. Pero la sentencia ya ha sido leída por demasiada gente; además, la dignitas impulsa a Poncio Pilatos a mantenerse, ahora sí y seguro de tener las espaldas cubiertas frente a una posible delación ante Sejano, firme: “Lo que he escrito, escrito está”.

Sí. Roma condena a muerte a Jesús Nazareno, EL REY DE LOS JUDÍOS. Que, por cierto, NOS HA SIDO ENTREGADO a la muerte por aquellos que más debían haber defendido a su Casa Real (aunque se trate de una rama venida a menos: a fin de cuentas, los judíos nunca menospreciaron el trabajo manual), por aquellos que han preferido el deshonor de la felonía y la sangre real derramada por un extranjero a defenderle como descendiente de David. Roma complace a quienes otorga el Poder.

Al negar a los recaderos del Sanedrín el cambio de la tablilla, una satisfecha sonrisa irónica debió asomarse al rostro del prefecto Poncio Pilatos. ¡Qué gran hombre!

*Murcia, a 14 de noviembre de 2004.*

---

<sup>1</sup> Juan, cap. 19, ver. 12.

<sup>2</sup> Mateo, cap. 1, ver. 1 al 16. Lucas, cap. 3, ver. 23 a 38.

<sup>3</sup> Mateo, cap. 27, ver. 27. Marcos, cap. 15, ver. 26. Lucas, cap. 23, ver. 38. Juan cap. 19, ver. 19 a 22